

**“La caridad de Cristo nos urge”
(2 Co. 5, 14)**

CONFERENCIA DE CLAUSURA



Presidente

XAVIER SANTOS

Director del Departamento de CC. Médicas Clínicas.
Facultad de Medicina Universidad CEU San Pablo

Carlos Romero Caramelo- Comenzamos este Acto de Clausura del XIX Congreso Católicos y Vida Pública.

Un saludo muy cordial a todos los que han participado, están participando o estamos participando y a los que han estado y hoy ya no vienen o los que no han podido venir, los que nos han seguido por *streaming*, en directo.

En primer lugar, tiene la palabra don Luis Martínez-Abarca, director de los colegios CEU.

Luis Martínez-Abarca - Muy buenos días.

Después de los testimonios y comunicaciones de estos dos días, queda claro que la generosidad al compromiso, la vocación de servicio, la caridad, en última instancia, no es una opción, es una necesidad, al menos para los que llamamos al otro “prójimo”. A pesar de que parte de los testimonios de estos días hablan de vocaciones tardías, los colegios tenemos una enorme responsabilidad, porque estas vocaciones se educan. Se descubren en la necesidad y se acompañan a la acción.

En los colegios siempre tenemos la conciencia de hacer poco, pero de este poco y con esperanza, les queremos hacer una breve muestra de la acción social en los colegios CEU.

Muchas gracias.

[Reproducción vídeo]

CRC - Muchas gracias, Luis, por el vídeo.

Continuamos con este acto de clausura y le doy la palabra a don Javier Santos, doctor en Medicina, especialista en cirugía plástica, director del Departamento de Ciencias Médicas Clínicas de la Universidad CEU San Pablo y, sobre todo, y por eso está aquí con nosotros, voluntario. Es voluntario de muchas partes del mundo, tercer mundo y, últimamente y sobre todo en Camboya. Como ha conocido allí a monseñor Figaredo, va a ser él el que lo presente.

Cuando quieras, Javier.

Javier Santos - Gracias, Presidente.

Buenos días a todos. Muchas gracias por la oportunidad de estar aquí con todos ustedes y, sobre todo, de poder presentar a alguien especial: monseñor Enrique Figaredo Alvargonzález. Enrique Figaredo, Kike Figaredo o, como le conoce la mayor parte de sus amigos, simplemente Kike.

Kike nació en Gijón y, como casi todos los asturianos, ejerce su “asturianismo”. No hay más que ver su Facebook, plagado de noticias del pasado y presente de su Gijón, de su Asturias. Y, en cuanto tiene ocasión, se enfunda la camiseta del Sporting o hace una fabada en Camboya (típico, la fabada en Camboya), tocado con la montera picona. La verdad es que los asturianos, y lo dice alguien que ha sido nombrado hijo adoptivo de un pequeño pueblecito de Asturias, son muy pesados con su “asturianismo”.

Kike estudió en el colegio de la Inmaculada, de los jesuitas, y eso marca. Yo soy antiguo alumno también de los jesuitas y doy fe de que eso marca, normalmente, para bien, ¿no?

Y parece ser que algo cambió en su vida cuando, a los quince años, viajó al monasterio de Taizé. Como muchos de ustedes saben, Taizé se había convertido, en aquella época, en un centro de peregrinación y espiritualidad para jóvenes de distintas creencias, de distintas sensibilidades. Y, probablemente, en la quietud y en el silencio de la oración de Taizé, encontró Kike la respuesta a una pregunta que se venía haciendo desde hacía tiempo. Kike procede de una familia creyente y él se preguntaba (es una intimidad, pero él lo ha comunicado, luego se puede decir, ¿no?) en su oración a Dios: “¿Quién eres?”. Y no recibía respuesta. Es complicado, ¿no? Pues parece ser que allí, en Taizé, en el silencio y en la música de Taizé, que crea un ambiente muy especial, encontró la respuesta. “Muy sencillo: mi presencia y mi rostro son las personas, búscame en la gente”.

Y ahí empezó a descubrir Kike dónde estaba, quién era ese Dios al que se dirigía. Y con esa respuesta retumbando en la cabeza, empezó la carrera de Económicas. Pero pronto decidió apostar al cien por cien por el “En todo amar y servir” ignaciano. Y entró en la compañía de Jesús. El joven jesuita, cuando acaba sus estudios de Economía y Filosofía, pidió unirse al servicio jesuita de los refugiados, recientemente fundado, en aquella época, por el general, por el padre Pedro Arrupe. Y cada vez tenía más clara la llamada al encuentro con la gente. Y siente que son las personas más débiles, más frágiles, más vulnerables aquellas que son el rostro de Dios para él y para el mundo.

De este modo, en 1985 llega a los campos de refugiados camboyanos en Tailandia para unirse a un proyecto de formación profesional para heridos de guerra, la mayoría por las minas antipersona. Ahí nacería el Cristo

mutilado, representación magistral de la encarnación de Dios en el hombre sufriente. Y la condición que le pusieron sus superiores es que aprendiera jemer. Les puedo asegurar que el euskera, al lado del jemer, es una cosa de niños. No solo la lengua, sino la grafía, como pueden ver. Es absolutamente tremenda para un occidental. Bueno, pues yo le he oído celebrar la misa a Kike en un jemer fluido y absolutamente nativo. Es su lengua habitual en el día a día.

Allí es recibido con cariño y simpatía y se puede decir que se le contagia la resiliencia, un concepto que se ha acuñado últimamente y que es la capacidad del ser humano de sobrevivir y superar las dificultades. Se le contagia la resiliencia de un pueblo, el camboyano, que ha sufrido con esperanza y que cuida de los demás. Se funde en la certeza de buscar a Dios en los demás con la delicadeza con la que el camboyano cuida del otro.

Pero tiene que volver a España para culminar sus estudios de teología y, al final, ya como sacerdote, vuelve definitivamente a Camboya. Camboya había sido absolutamente arrasada por décadas de Gobierno colonial francés, una generación entera de injerencias y bombardeos sistemáticos en las sucesivas guerras de Indochina, durante las cuales fue un país arrasado que culminó con el régimen dictatorial comunista de Pol Pot. Todo ello seguido por los duros años de la guerra fría. Todas estas catástrofes habían destruido el país. No había instituciones, no había restos de la cultura originaria o, aparentemente, no había restos de la cultura original, además de provocar cientos de miles de desplazados y refugiados. Pero, es curioso, en la psique de Camboya se encuentran grabados los mismos valores que un milenio antes fueron tallados en los cuatro rostros del Prasat Bayon, que figuran en los templos de Angkor Wat, al norte del país, por el rey discapacitado Jayavarman VII y enseñados durante siglos por el budismo a la población camboyana. Estos valores son la bondad amorosa, la compasión, la alegría y la ecuanimidad.

Kike comprendió que tenía muy poco que enseñar a los camboyanos. Ha tratado, simplemente, de poner en práctica la profunda sabiduría del pueblo camboyano e integrarla viviendo la alegría del Evangelio partiendo y compartiendo el pan con ellos.

Al regresar como sacerdote, Kike se comprometió con el servicio a los discapacitados en el centro de Banteay Prieb, a las afueras de Nom Penh, la capital del país. Allí comenzó su idilio con las sillas de ruedas, el elemento esencial para vivir no solo de los mutilados por las bombas antipersona, sino de los enfermos de poliomielitis, cuya vacuna no había estado disponible en el país durante décadas. Por algo es conocido mundialmente como “el obispo de las sillas de ruedas”.

Más adelante, su iglesia, la Iglesia, nuestra Iglesia, le pidió que asumiera la responsabilidad de la Iglesia en la prefectura o diócesis de Battambang. Cubre más de un tercio del país en el noroeste de Camboya. Justo cuando iba a hacer los últimos votos como jesuita, se le pide que se separe de su comunidad para encargarse de una responsabilidad nueva y aislada como prefecto apostólico.

¿Qué es lo que hace Kike en la actualidad? Su misión es construir comunidades que se apoyen y lleguen a los más débiles. Se puede decir que la labor de Kike en la actualidad es crear alegría a través de la educación de los niños, de la expresión por la danza. Es espectacular el modo en que se integran las chicas y los chicos discapacitados que viven en sillas de ruedas en los espectáculos de danza que hacen. Espectaculares.

Y eso lo hace Kike de una forma fácil, porque Kike siempre sonrío. Y esa sonrisa hace que el Evangelio sea mucho más creíble, e impulsa a los jóvenes camboyanos a levantar su país. Camboya perdió, al menos, toda una generación completa en el genocidio de los jemeres rojos. Por eso, su futuro depende de los jóvenes. Y, a veces, cuando las cosas no van bien, se acerca a ese árbol solitario que ha sido testigo mudo de la historia y los sufrimientos de la gente de Camboya. Y el árbol le habla y le reconforta, porque ese árbol tiene corazón y hace sentir la presencia de Dios en los habitantes de ese pueblo.

Por último, la educación de los niños y los jóvenes más desfavorecidos me hizo encontrar a Kike. Yo trabajé en los últimos años para una ONG, *Por la sonrisa de un niño*, en Camboya, cuya misión fundamental es proporcionar educación a los últimos de la fila. Aquellos niños que muchas veces son rescatados de los basureros. Mis estancias en Camboya me han permitido conocer la prefectura de Battambang y la labor de Kike allí. A raíz de ello, me ha fascinado su historia, su vida y su ejemplo. Y según los voy conociendo, más claro tengo que Kike, sin duda, es Evangelio hecho vida.

Muchas gracias por estar aquí, Kike, y es todo tuyo.

[Aplausos]

CRC - Muchas gracias, Javier.

Dos brevísimos apuntes a esta presentación. Yo esperaba que él hablara un poquito más, pero como es parco en hablar de sí mismo... Poco antes del verano fui a una consulta con Javier Santos y, hablando con él, de lo que iba a hacer en verano, en vacaciones, me dijo que en agosto se iba a Camboya. Lo primero que pensé es que se iba de vacaciones. Pero resulta que no. Se iba allí como voluntario a regalar toda la medicina y toda la cirugía que practica y que sabe también, con los más desfavorecidos de la tierra. Me impactó. Se lo pueden imaginar. Y luego, preparando los ponentes de este

congreso, al hablar de monseñor Figaredo, que estaba en Camboya, pensé: qué mejor presentador que Javier. Ese es el motivo por el que está aquí y creo que hemos acertado.

En segundo lugar, el segundo apunte, muy breve también. Y es que, en el currículum breve de monseñor Figaredo, ha dicho que es antiguo alumno de los jesuitas y es cierto, pero también es antiguo alumno nuestro, puesto que estudió en nuestro colegio Claudio Coello CEU. Aquí todo hay que decirlo.

Para nosotros es un verdadero honor tener a monseñor Figaredo aquí como ponente. En este congreso que habla de la acción social de la Iglesia, no podía faltar el mundo misionero; ese mundo tan maravilloso, tan milagroso y, muchas veces, desconocido por estar tan lejano. Pero aquí tenemos nada más y nada menos que a monseñor Enrique (Kike) Figaredo.

Cuando quieras.